LOS PEQUEÑOS SALVAJES
Errata naturae editores

100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO

Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.

Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO_2 por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).

Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Enviromental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.

Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m^2 de plástico).

El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.

Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).

Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.

Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

EDITH PATTOU

HIJA DEL NORTE

TRADUCCIÓN DE LAURA NARANJO Y CARMEN TORRES

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2026
TÍTULO ORIGINAL: *East*
Colección Los pequeños salvajes

© del texto, Edith Pattou, 2003
© portada y caligrafía del interior, Claire Lefevre, 2019
Portada e ilustraciones del interior reproducidas con permiso de Usborne Publishing Limited.
© de la traducción, Laura Naranjo y Carmen Torres, 2026
© Errata naturae editores, 2026
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-49-8
DEPÓSITO LEGAL: M-22482-2026
CÓDIGO BIC: YFH
MAQUETACIÓN: Pack Up
ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Claire Lefevre
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Para mi padre,
por su amor por las historias,
desde *Harold y el lápiz morado* hasta *Doctor No*

Y para mi madre,
por su apoyo incondicional

PRÓLOGO

Encontré la caja en el desván de una vieja granja en Noruega. Era grande, del tamaño de un arcón, y tenía marcas; runas, supe más tarde.

Cuando la destapé, parecía que, en su mayoría, contenía papeles, fajos y fajos, en distintos idiomas y con diferente caligrafía. Había diarios, mapas, incluso cuadernos de bitácora.

Metí la mano por debajo y hallé más cosas: madejas de lana, unas botitas de piel suave, partituras de música atadas con una cinta desvaída, tablillas de madera con señales como de mapa, setas secas, cinturones tejidos, hasta un vestido del color de la luna.

Entonces me topé con lo que parecía ser la boquilla de un instrumento de caña muy antiguo. Lo alcé a la luz que entraba por el ventanuco. Cuando le dio el sol del final de la tarde, ocurrió algo de lo más extraordinario. Oí la nota aguda y clara de una flauta.

Y procedía del interior del arcón.

También me llegaron otros sonidos: susurros, murmullos que se me arremolinaron en la cabeza. Perros ladrando, campanillas de trineo, el crujido del hielo. Voces.

«Oír voces… no puede ser bueno», pensé.

Aún con la antigua boquilla en mi palma, saqué el primer papel del arcón. Era una nota escrita a mano.

Quieren que lo escriba todo, aunque no sé muy bien por qué.

Me parece suficiente con que padre y Neddy escribieran sus respectivas partes. Sobre todo Neddy, que siempre fue el cuentista de la familia. Yo no sé contar historias, no se me da nada bien. Requiere más paciencia de la que tengo… o, más bien, de la que solía tener. Creo que aprendí un poco sobre la paciencia en el transcurso del viaje. Pero, aun así, preferiría ver la historia plasmada en tela. Bueno, en realidad ya la he visto. Está colgada en la pared norte del salón. La historia al completo. Pero las palabras son más fáciles de entender para la mayoría de la gente. Así que lo intentaré.

No me resulta fácil desandar el camino hasta el principio, ni siquiera determinar cuál puede ser. Y supongo que contar una historia es como enrollar una madeja de hilo, que a veces no sabes dónde empieza.

Lo que pretendía hacer al comenzar el viaje era arreglar las cosas. Dicen que perder a alguien a quien quieres es como perder una parte de tu propio cuerpo. Un ojo o una pierna. Pero es mucho peor, sobre todo cuando es culpa tuya.

Sin embargo, me estoy adelantando a los acontecimientos. Todo empezó con un par de botas suaves.

LIBRO UNO

Este

Érase una vez un pobre granjero
que tenía muchos hijos.

Padre

Nuestra última hija se llamó Ebba Rose. Salvo que eso era mentira. Su nombre debería haber sido Nyamh Rose. Pero todo el mundo la llamaba Rose y no Ebba, así que la mentira no importaba. Al menos eso era lo que me decía a mí mismo.

Su segundo nombre aludía al símbolo que aparece en el centro de la rosa de los vientos, lo cual tiene todo el sentido del mundo, porque ella estaba alojada en el centro mismo de mi corazón.

Yo quería a todos y cada uno de sus siete hermanos y hermanas, pero debo admitir que Rose siempre tuvo algo que la diferenciaba del resto. Y no solo era su aspecto.

Era la más difícil de conocer de mis hijos, y eso se debía a que no paraba quieta. Cada vez que la cogía en brazos cuando era bebé, me dedicaba una intensa mirada sonriente con sus brillantes ojos de color púrpura. Sin embargo, aquellos ojos se desviaban enseguida más allá de mi hombro en busca de la ventana y de lo que había al otro lado.

El primer regalo de Rose fue un par de botitas de suave piel de reno. Nos las trajo Torsk, un vecino, y, mientras él mismo las ataba a los diminutos pies de Rose con sus manos callosas, vi que mi esposa, Eugenia, fruncía el ceño, aunque intentó disimularlo volviendo la cara.

Torsk, que no se dio cuenta, alzó la vista con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en el rostro. Era viudo, con hijos ya adultos, y poseía un don para trabajar el cuero. Deseoso de presumir de su obra y ajeno a las difíciles circunstancias que habían rodeado el reciente parto de Eugenia, había sido el primero en presentarse en la puerta de nuestra casa.

La mayoría de nuestros vecinos estaba al tanto de lo supersticiosa que era Eugenia. También sabían que el primer regalo de un bebé está cargado de significado. Pero el alegre Torsk, de grandes manazas, haciendo caso omiso a esto, se limitó a contemplar las suaves botitas calzadas en los pies de Rose, henchido de orgullo.

—Le quedan perfectas —observó con una amplia sonrisa.

Yo asentí y luego dije, con la vaga intención de advertirle:

—Es el primer regalo de Rose.

Su sonrisa se hizo aún más amplia.

—Ah, qué maravilla…

Entonces se le vino un pensamiento a la cabeza.

—¡Será viajera, exploradora! —exclamó con entusiasmo.

De modo que, en realidad, sí que conocía la superstición del primer regalo.

Esta vez Eugenia no trató de disimular el gesto de enfado que le arrugaba la cara, y yo me puse tenso, temeroso de lo que pudiera decir. En cambio, se agachó y enderezó uno de los cordoncitos.

—Gracias, vecino Torsk —dejó escapar entre dientes.

Su voz sonó fría, y el hombre puso cara de desconcierto.

Yo di un paso al frente y, mientras murmuraba algo así como que Eugenia seguía débil, lo acompañé a la puerta.

—¿No le han gustado las botas? —preguntó, abrumado.

—Sí, sí —le aseguré—. Son fantásticas. Eugenia está cansada, eso es todo. Y ya sabes cómo son las madres… Les gusta tener a sus

hijos cerca. Aún no está preparada para la idea de que la pequeña Rose se vaya a recorrer mundo.

Y nunca lo estaría. Aunque eso no se lo dije.

Aquella noche, después de que hubiéramos apartado a Neddy del moisés de Rose y de que hubiéramos acostado a los niños, Eugenia me preguntó:

—¿No trajo la viuda Hautzig una vasija de mantequilla para el bebé?

—Solo te estaba devolviendo la que le habías prestado.

—No, era para Ebba Rose. Su primer regalo, estoy segura.

Su tono fue rotundo.

A Eugenia le gustaba tener a sus hijos cerca, eso era así, aunque resultó que quería mantener a Rose aún más cerca que a los demás. Y eso tenía mucho que ver con las circunstancias que rodearon el nacimiento de nuestra pequeña.

Neddy

Nuestra familia no siempre fue pobre. Mi abuelo materno, Esbjorn Lavrans, era un respetable cartógrafo; y el padre de mi padre, un próspero granjero. Pero padre se distanció de su familia cuando fue a Bergen a aprender el oficio de cartografía con el abuelo Esbjorn. Mi madre, Eugenia, era su hija, y así fue como padre la conoció.

Padre y madre tuvieron ocho hijos. Rose fue la última y yo el penúltimo. Tenía cuatro años cuando trajeron a Rose del bosque de Askoy. Hay quien dirá que con cuatro años se es demasiado pequeño para recordar, pero sí que tengo recuerdos. A montones. Me acuerdo de su olor, una mezcla de leche caliente y musgo verde y suave. Me acuerdo de los ruiditos que hacía, unos gorgoteos como los del arroyo al que luego le pusimos su nombre, el arroyo de Rosie, porque siempre se caía en él; del chasqueo de su lengua, como el de un chochín que picoteara nuestra chimenea; de los berridos de frustración al empezar a dar sus primeros pasos y derrumbarse una y otra vez. Aunque no tardó mucho en andar. Con cinco meses ya estaba correteando por ahí.

También me acuerdo perfectamente de la noche que padre y madre volvieron a casa después de pasar la tarde cogiendo hierbas y, en vez de eso, trajeron un atadijo abultado del que salían soniditos extraños.

Mis hermanos y mis hermanas mayores estaban preocupados por ellos porque había tormenta y estaban tardando más de lo habitual. Les dije que no se preocuparan, que habían salido a buscar al bebé para traerlo a casa y que por eso se estaban retrasando.

Mi hermana mayor, Selme, se echó a reír.

«¡Pero si a madre le queda todavía más de un mes para salir de cuentas!», exclamó. «Además, todo el mundo sabe que uno no va al bosque de Askoy a coger bebés», añadió con aire de superioridad.

Pues resultó que yo tenía razón.

Cuando entraron por la puerta, madre estaba palidísima y se sentó enseguida, acunando al bulto ruidoso en el regazo. Los demás se le echaron encima, pero yo me quedé atrás, a la espera. Cuando todos se hartaron de mirar, padre me llevó hasta madre. Al ver aquella carita arrugada, por raro que parezca, me sentí muy orgulloso, como si hubiera hecho algo bueno. Aunque sabía que era madre la que había traído al mundo al bebé (y en verdad parecía exhausta por ello), desde ese momento me sentí como si aquella criaturita salvaje de pelo castaño fuera un regalo para mí… y supe que mi misión en la vida sería cuidar de ella.

Si hubiera sabido lo indomable que iba a resultar, me lo habría pensado dos veces. Es curioso. Creo que madre y yo fuimos quienes peor lo pasamos con las idas y venidas de Rose, pero teníamos formas distintas de lidiar con ello. Madre intentaba atarla en corto. Mantenerla cerca. Yo, en cambio, sabía que eso era imposible, así que, cuando desaparecía, tan solo me compadecía de mí mismo y me lamía las heridas. Eso es lo malo de querer a una fierecilla: siempre te quedas mirando la puerta.

Aunque al final te acostumbras.

Rose

Podría decir que me sentía culpable y avergonzada por los líos en los que me metía de niña, desesperando a mi madre a diario. Pero la verdad es que nunca sentí ninguna de esas dos cosas.

No creo que sea porque fuera egoísta o insensible. Sencillamente no entendía a qué venía tanto alboroto. ¿Qué tenían de malo un rasguño o un hueso roto de vez en cuando?

Nunca me propuse ser desobediente, es que era incapaz de estarme quieta. En cuanto algo me llamaba la atención —el fogonazo cerúleo del ala de una mariposa, una formación de nubes que se asemejaba al mástil y las velas de un barco, una manzana amarilla madura en lo alto de un árbol—, allá que iba yo sin pensármelo dos veces.

Llevaba el sentido de la exploración en la sangre. Mi abuelo Esbjorn había sido cartógrafo y explorador. Y mi tatarabuelo fue uno de los primeros njordenos en viajar a Constantinopla.

El único que me provocaba una ligerísima punzada de tristeza era Neddy, que me ponía aquella cara de enojo y autocompasión cada vez que me encontraba después de haber salido corriendo por enésima vez sin decírselo a nadie.

—Es que he visto un conejo con el rabito tan blanco que destellaba… —intentaba explicarle (cuando fui lo bastante mayor como para expresar mis sentimientos mediante palabras).

Neddy se limitaba a suspirar y a avisarme de que madre me requería de inmediato en la cocina.

—Lo siento, Neddy —me disculpaba yo, abrazándome a sus piernas y observando las comisuras de su boca a la espera de la sonrisa que siempre conseguía arrancarle. Y entonces iba a la cocina y madre me echaba otro rapapolvo.

Neddy

Decir que mi madre era supersticiosa sería como decir que la gran tormenta de nieve de 1539 fue una ligera nevisca.

Cada cosa que se hacía en nuestra casa, por nimia que fuera, estaba cargada de significado. Si barrías el polvo hacia la puerta de la calle, echabas la buena suerte. Si cantabas mientras hacías el pan, tenías asegurada la mala. Si te picaba el lado izquierdo del cuerpo, mejor que te preparases para lo peor. Y, si estornudabas un miércoles, seguro que te llegaba una carta: buenas noticias si mirabas al este y malas si lo hacías al norte.

A padre le encantaba contar la historia de cómo se enteró de la superstición de madre sobre la «dirección del nacimiento».

Cuando padre y madre anunciaron su compromiso a la familia de ella, las primeras palabras que salieron de la boca de la futura suegra fueron:

—Pero, Arne, ¡si ni siquiera sabemos cuál es la dirección de tu nacimiento!

Padre decía que se la quedó mirando boquiabierto, totalmente desconcertado.

—Sí, Arne, debemos saberla ahora mismo, antes de que Eugenia y tú hagáis más planes —insistió su suegra.

—Oh, estoy casi segura de que es un sur o un sureste —dijo madre para tranquilizarla.

—Debemos asegurarnos —replicó la mujer.

Padre contaba que se echó a reír, creyendo que le estaban tomando el pelo, pero no era así.

Y luego nos relataba el peregrinaje hacia la granja de mis abuelos paternos para preguntarles en qué dirección miraba su madre cuando le dio a luz, y todos nos tronchábamos de risa. Resulta que era sureste; cosa buena, según madre.

Lo que ya no fue tan bueno es que aquella resultara ser la última vez que padre vería a su familia. Ya habían tenido algún roce y padre esperaba aprovechar la visita para limar asperezas. Sin embargo, aquel extraño interrogatorio por parte de la «gente de ciudad» con la que iba a emparentarse tan solo empeoró las cosas, y se separaron con rencor.

Padre

La ferviente creencia de mi Eugenia en la superstición relativa a la dirección del nacimiento era inusual, por decir algo. Jamás me había encontrado con nada semejante en el transcurso de mi vida, aunque, al parecer, se había ido transmitiendo de generación en generación en su familia.

Ellos creían que la dirección del nacimiento era de suma importancia. No la alineación de las estrellas, ni la posición de la luna, ni el movimiento de las mareas, ni tan siquiera los rasgos que un hijo hereda de sus padres.

Mi teoría era que aquella extraña noción la había originado la obsesión que sentían por la cartografía.

—Y a cada niño nacido en nuestra familia —me explicó Eugenia— se le asigna un nombre que comienza con la primera letra de la dirección de su nacimiento. De modo que un bebé que nazca mirando al norte podrá llamarse Nathaniel; una niña que lo haga hacia el sudoeste, Sarah Odelia; y así con todos. Yo misma fui una criatura que nació con orientación este.

—¿Y cuáles son los atributos de un bebé con orientación este? —le pregunté.

—Bueno, entre otras cosas, significa que soy ordenada, duermo a pierna suelta y soy un poco supersticiosa.

—¿Un poco? —contraataqué esbozando una sonrisa.

Resultó que Eugenia fue un poco más lejos con respecto a la superstición de la dirección del nacimiento de lo que lo había hecho ninguno de sus antepasados. La noche de bodas, me anunció que quería tener siete hijos.

—El siete es un número bonito —le respondí—. Pero ¿por qué siete? ¿Es que ese número da más suerte que los demás? —le pregunté con tono burlón.

—No, es que quiero un hijo por cada uno de los puntos cardinales —me respondió.

—Pero, en ese caso, serían cuatro, o, si me apuras, ocho… —repuse desconcertado.

—Es porque no he contado el norte, por supuesto.

—¿Y por qué no? —quise saber.

—Supongo que sabes lo de los niños que son puramente norte, ¿no? —me contestó sorprendida.

—Pues no —dije, mordiéndome la lengua para no recordarle que, fuera de su familia, a nadie se le ocurriría siquiera participar en semejante conversación.

—¡Oh, son lo peor! Erráticos, salvajes y muy desobedientes. Los norte suelen ser así por norma general. Seguro que te he contado alguna vez que mi propia hermana se casó con uno nacido con orientación norte (desoyendo el consejo de nuestra madre, ni que decir tiene) que se marchó en un barco velero cuando ella estaba embarazada de su tercer hijo y al que no se le volvió a ver el pelo. Me niego a tener un hijo al que no pueda atar en corto.

Aquellas palabras despertaron cierta preocupación en mí.

—Espero que no seas una madre sobreprotectora, Eugenia.

—Para nada, Arne —me aseguró—. Es que los norte son especialmente salvajes. Siempre andan metiéndose en líos. Pero ese

no es el único motivo por el que no voy a tener un chiquillo norte. Hay otro de mucha mayor importancia.

—¿Y cuál es?

—Hace unos años acudí con mi hermana a una *skjebne-soke*.

Aunque las *skjebne-sokes* no abundaban en nuestra región, no me extrañaba que alguien tan supersticioso como Eugenia se las hubiera apañado para encontrar una.

—Aquella *skjebne-soke* era un portento. ¡Cómo sería que predijo al dedillo el día en que Karin Tessel tendría a su primer crío! Y le dijo a mi hermana que el mar le arrebataría a su marido…

La voz de Eugenia se fue apagando hasta quedar en silencio.

Escruté su cara.

—¿La *skjebne-soke* te dijo algo sobre lo de tener un crío norte?

Ella asintió y continuó en voz baja:

—Me dijo que, si tenía uno norte, crecería para terminar sufriendo una muerte horrible y fría, asfixiado bajo la nieve y el hielo.

Se estremeció y yo me la acerqué de manera instintiva. Como las avalanchas no eran inusuales durante el invierno en nuestro país, sobre todo en las siete montañas que rodeaban Bergen, noté que Eugenia se había tomado aquella siniestra predicción bastante en serio.

Yo consideraba que aquella profecía y aquella superstición carecían de sentido alguno y tal vez, si hubiera tratado de razonar con Eugenia, si hubiera mostrado una postura más rotunda contra sus muchas supersticiones desde el principio, habría evitado gran parte de la desgracia que se abatió más tarde sobre nosotros. Pero no lo hice. Veía sus ideas como algo excéntrico pero inofensivo, incluso encantador al principio, y le seguí la corriente. Yo también quería una gran familia, y siete parecía un número tan bueno como cualquier otro…

No obstante, incluso la madre de Eugenia creía que planificar metódicamente la dirección del nacimiento de cada uno de sus hijos era mala idea. Antes de morir, la previno contra ello.

—Eso es entrometerse en los designios del Señor y en el destino, y solo puede acabar en desastre —le había advertido.

La propia Eugenia había nacido con orientación este. Su madre se había puesto de parto sin previo aviso en un barco que iba bajando el río Rauma, bien conocido por sus sinuosos meandros. Por suerte, la buena mujer portaba consigo un *leidarstein* y una aguja (los llevó encima durante todo el embarazo), y el dueño del barco le acercó un balde con agua. Mientras su esposa daba a luz, Esbjorn imantó la aguja y la posó en el agua, así que, al final, fueron capaces de calcular la dirección del nacimiento sin mayor dificultad.

—¡Y pensar que podría haber salido norte, de haber tomado el barco una curva inesperada! —farfullaba Eugenia en tono sombrío.

Eugenia comenzó nuestra familia con un nordeste, Nils Erlend. Su razonamiento era que afrontaría la dirección más difícil primero, cuando fuera más joven y vigorosa; y el siguiente más difícil, Neddy Olaf, al final, cuando fuera más sabia y experimentada como madre.

Todo había ido según lo planeado, desde el nordeste hasta el noroeste:

Nils Erlend, al que le gustaba deambular por ahí, pero que poseía una vertiente frugal y organizada.

Elise, la este tranquila y perfecta; práctica y obediente.

Selme Eva, que era agradable y buena.

Sara, una niña terca y apasionada.

Sonja Ondina, que tenía mano con los animales y era un pelín clarividente e intuitiva.

Orvar, hábil y decidido, al que también se le daban bien los animales de la granja.

Y Neddy Olaf, el único de pelo oscuro, aunque sus ojos eran tan azules como los de sus hermanos y hermanas. Neddy había sido el parto más fácil de Eugenia hasta la fecha, y era un bebé adorable y tranquilo que reía más que lloraba, cosa que ocurría en contadas ocasiones.

Siete hijos en siete años. Con un suspiro de alivio, Eugenia guardó su suministro de matricaria (que le había calmado las náuseas mañaneras y los dolores del parto) y su voluminoso atuendo de embarazada, que la había acompañado durante sus siete gestaciones.

Sin embargo, Elise, que era la segunda hija mayor, sufrió una muerte repentina con ocho años.

Elise nunca había contado con una salud de hierro, pero Eugenia sentía debilidad por ella, en parte porque había nacido mirando al este, como ella.

No existe dolor más grande que el de unos padres que pierden a un hijo, pero aún quedaban seis niños que necesitaban nuestros cuidados y, poco a poco, el tiempo fue curando las heridas. A pesar de ello, el espacio vacío en el punto oriental de la brújula comenzó a carcomer a Eugenia.